

Pablito y el sendero mágico

Pablito vivía en un pueblo muy cerca del mar. Una mañana había quedado en ir a la playa con sus amiguitos. Lo hacían a menudo y siempre iban por el mismo camino. Un camino recto y seguro, asfaltado y sin peligros, lleno de indicaciones para llegar al mar en un plis-plas.

Pero esa mañana Pablito se levantó aventurero. Y como siempre cuando iba a la playa, su madre le decía: "Ya sabes Pablito, coge el camino recto, el que te lleva más rápido a la playa". Pablito esta vez no le dijo ni sí ni no, pues no le gustaba mentir. Pero sentía que no iría por ese camino.



El camino de la playa era un camino recto y seguro, ancho y cómodo, que todos conocían, que se sabían de memoria. Algunos hasta podrían recorrerlo con los ojos cerrados. Ese era el camino que todos elegían para llegar cuanto antes y así poder bañarse. Pero junto a ese camino había un sendero, lleno de hierbajos, olvidado por todos, sin indicaciones ni señales. Sin seguridad. Pablito siempre lo miraba intrigado.

¿Que pasaría si voy a la playa por ese sendero?, se preguntaba una y otra vez. Pero ese día no lo pensó, decidió que la suerte eligiera. Cogió una margarita y en cada pétalo que quitaba decía: sendero-camino-sendero-camino-sendero-camino-sendero. Su suerte le llevó al sendero.

Al principio tuvo miedo. Un bosque espeso, que a penas dejaba pasar la luz, oscurecía el comienzo del camino. Pablito casi no veía nada. Todo eran sombras y muchas ramas de árboles por todas partes. Pero de repente llegó un claro, y el sendero se tornó de color dorado. El sol resplandecía allí como antes nunca lo había visto. Había flores de muchos colores, hierbas muy verdes y árboles preciosos ¡Qué especial es este sendero, está lleno de sorpresas!, se dijo para sí Pablito.



Cegado por el sol caminó hasta dónde podía ver, hasta que un colibrí le gritó: ¡Para niño, para! No ves que hay un precipicio. ¡Ay!, gritó Pablito a punto de caer al mar: no lo había visto. Es que con tanto sol no veo bien, dijo. El colibrí que advirtió su cara de miedo le contestó: ¡No te asustes, que es un acantilado precioso, y desde donde yo estoy no hay ningún peligro. Además podrás ver la playa a lo lejos, el azul del mar, cómo planean las gaviotas, y si miras hacia abajo verás la espuma de las olas cuando golpean las rocas.

Pablito vio el mar de lejos. Nunca antes lo había visto así, desde tan alto, tan grande, tan azul, tan grande. Pablito miró hacia abajo, con un poco de miedo, y descubrió un mar lleno de vida, con olas gigantescas que luchaban unas contra otras, y que luego rompían contra las rocas del acantilado como si quisieran empujar la tierra. La espuma de las olas brillaba y desprendía pequeñas gotas que flotaban en el aire y que hacían cosquillas en la nariz de Pablito.

Qué bonito es esto, colibrí. Por qué nunca antes habré venido por aquí. Dijo Pablito al pájaro. No sé. Le contestó el colibrí. Dímelo tú. ¿Por qué nunca antes habías venido por aquí?. Por que nos da miedo este sendero. Es desconocido. No tiene señales. No hay ninguna indicación. Y nuestros padres piensan que nos perderemos en el bosque y que no llegaremos a la playa.

El colibrí quedó pensativo. Pero también se alegró de que Pablito hubiera elegido el sendero. Mientras el colibrí observaba a Pablito, Pablito miraba fijamente el precipicio, y disfrutaba con las minúsculas gotitas de agua que le refrescaban la cara y le hacían cosquillas.

El colibrí le dijo a Pablito. Te voy a proponer un juego: Cierra los ojos y respira hondo. Pablito hizo lo que le dijo el colibrí. Cerró los ojos, respiró hondo y notó más que antes el olor del salitre del mar. Se acordó de su querido abuelo, que siempre le llevaba a dar paseos por la orilla del mar. Y pensó en cuánto le gustaría a su abuelo estar allí ahora, viendo lo que él veía. Pensó que un día lo traería. Luego se acordó de su hermano Hugo, que a esas horas estaba en el colegio. Jo, pensó Pablito, tengo que traer a Hugo también. Esto le va a encantar. Ver el mar de lejos, tan grande y tan azul, y ver las olas golpear, y dejar que las gotitas te refresquen la cara. Hugo y Pablito se adoraban, eran cómplices en casi todo, lo compartían casi todo, jugaban siempre por las tardes. Hugo, como hermano mayor, cuidaba muy bien de Pablito y le enseñaba muchas cosas. Ahora Pablito, el hermano pequeño, iba a ser capaz de sorprender a su hermano mayor, y como no a su papá, con quien siempre se comparaba. Porque Pablito sólo quería ser como su papá. También pensó que si su madre le viera allí tal vez se pondría triste, y se asustaría al verle tan cerca del peligro, pero confió en que el colibrí le ayudaría a encontrar el camino a la playa.

Después de un rato largo con los ojos cerrados y respirando profundamente, dejó de pensar en sus padres, en su hermano, en sus abuelos y en todos aquellos que su imaginación le recordó. A todos pensaba traerlos aquí algún día. Abrió los ojos. El colibrí seguía observándole con atención.

¿Qué tal ha ido, amigo?, le preguntó el colibrí. Pablito volvió a respirar muy hondo y contestó: ¡Me lo estoy pasando fenomenal!.

Pues ahora te voy a contar el que hasta ahora era mi secreto –dijo el colibrí–; para que nunca te pierdas y llegues a la playa. ¿De verdad?, le dijo Pablito. Y además te voy a dejar que se lo cuentes a tus amigos. El colibrí dijo: cuando vayas por el sendero, si llegas a algún punto en donde hay varios caminos, elige siempre aquel en donde veas las cosas más bonitas.



Pablito escuchó atentamente, algo sorprendido, pero decidió hacerle caso. Siguió su camino y llegó a un punto en donde había que elegir entre tres pequeños caminos. El eligió aquel en el que vio las flores más bellas. Caminó y caminó, y disfrutó del espectáculo de aquellas flores, y de pronto había que elegir entre otros dos caminos.

Se quedó pensativo. En uno había delgadas plantas llenas de pinchos, en el otro había helechos preciosos. Eligió este último. Siguió caminando ya un poco cansado. Pensó en que tal vez su madre tenía razón: este camino era más largo y él comenzaba a estar cansado. Pero aún así valía la pena, porque estaba aprendiendo mucho. Además llevaba comida y agua, qué importaba si tardaba un poco más.

Vio una curva a lo lejos y pensó en parar allí y almorzar. Y cuál fue su sorpresa que al llegar a la curva vio el mar, la arena, a todos sus amigos allí jugando, unos fuera del agua, otros dentro. Pablito se puso muy contento. También vio a su madre, que le miraba con cara de preocupación. Y al llegar le preguntó: Pablito, ¿por dónde has venido?. ¿Has tomado el sendero? Estaba muy preocupada.

Pablito, muy excitado por su aventura en solitario, le contó a su madre todo lo que le había pasado. Ya era casi hora de volver a casa, pero a él no le importó en absoluto haber estado poco tiempo en la playa. Y cuando su madre le preguntó si había tenido miedo, Pablito le contestó: Un poco sí. Era como si hubiera estado solo ante el peligro, pero en realidad he tenido mucha compañía. Y cuando su madre le preguntó cómo había sabido llegar hasta el mar a través de ese sendero inhóspito, Pablito le respondió: Muy fácil mamá, he elegido siempre el camino de las cosas bonitas. Su madre sonrió y lo condujo hacia casa con la dulzura de siempre.

MAC